

1913
Campos de Chihuahua

El norte de México celebra guerra y fiesta

Cantan los gallos a la hora que quieren. Se ha puesto esta tierra loca y ardiente; y todo el mundo se alza.
–Ya nos vamos, mujer, nos vamos a la guerra.
–¿Y yo por qué?
–¿Quieres que en la guerra me muera de hambre? ¿Quién va a hacerme las tortillas?
Bandadas de zopilotes persiguen por llanos y montañas a los peones armados. Si la vida no vale nada, ¿cuánto vale la muerte? Como dados se echan los hombres a rodar, que se vino el alboroto, y rodando en el tiroteo encuentran venganza o encuentran olvido, tierrita de alimento o de cobija.
–¡Viene Pancho Villa! –celebran los peones.
–¡Viene Pancho Villa! –se persignan los mayorales.
–¿Dónde, dónde está? –pregunta el general Huerta, Huerta el usurpador.
–En el norte, sur, este y oeste; y también en ninguna parte –comprueba el comandante de la guarnición de Chihuahua.
Ante el enemigo, Pancho Villa es siempre el primero en arremeter, galopando hasta meterse en las humeantes bocas de los cañones. En plena batalla, ríe risas de caballo. Como pez fuera del agua le boquea el corazón.
–*El general no es malo. Es emocionadito* –explican sus oficiales.
Por emocionadito, y por la pura alegría, a veces despanzurra de un balazo al mensajero que llega a todo galope trayendo buenas noticias desde el frente.

1913
Culiacán

Las balas

Hay balas con imaginación, que se divierten afligiendo carne, descubre Martín Luis Guzmán. El conocía las balas serias, que sirven al furor humano, pero no sabía de las balas que juegan con el humano dolor.
Por tener mala puntería y buena voluntad, el joven novelista Guzmán se convierte en director de uno de los hospitales de Pancho Villa. Los heridos se amontonan en la mugre sin más remedio que apretar los dientes, si tienen. Recorriendo las salas repletas, Guzmán comprueba la inverosímil trayectoria de las balas fantaseadoras, capaces de vaciar un ojo dejando vivo el cuerpo o de meter un pedazo de oreja en la nuca y un pedazo de nuca en el pie, y asiste al siniestro goce de las balas que habiendo recibido orden de matar a un soldado, lo condenan a nunca más dormir o nunca más sentarse o nunca más comer con la boca.

1913
Campos de Chihuahua

Una de estas mañanas me asesiné,

en algún polvoriento camino de México, y el hecho me produjo una honda impresión.
No ha sido éste el primer crimen que he cometido. Desde que hace setenta y un años nací en Ohio y recibí el nombre de Ambrose Bierce hasta mi reciente deceso, he destripado a mis padres y a diversos familiares, amigos y colegas. Estos conmovedores episodios han salpicado de sangre mis días o mis cuentos, que me da lo mismo: la diferencia entre la vida que viví y la vida que escribí es asunto de los farsantes que en el mundo ejecutan la ley humana, la crítica literaria y la voluntad de Dios.
Para poner fin a mis días, me sumé a las tropas de Pancho Villa y elegí una de las muchas balas perdidas que en estos tiempos pasan zumbando sobre la tierra mexicana. Este método me resultó más práctico que la horca, más barato que el veneno, más cómodo que disparar con mi propio dedo y más digno que esperar a que la enfermedad o la vejez se hicieran cargo de la faena.

1914
Montevideo

Batlle

Escribe artículos calumniando a los santos y pronuncia discursos atacando al negocio de venta de terrenos en el Más Allá. Cuando asumió la presidencia de Uruguay, no tuvo más remedio que jurar por Dios y por los Santos Evangelios, pero en seguida aclaró que no creía en nada de eso.

José Batlle y Ordóñez gobierna desafiando a los poderosos del cielo y de la tierra. La Iglesia le ha prometido un buen lugar en el infierno: atizarán el fuego las empresas por él nacionalizadas o por él obligadas a respetar los sindicatos obreros y la jornada de trabajo de ocho horas; y el Diablo será el macho vengador de las ofensas por él infligidas al gremio masculino.

–*Está legalizando el libertinaje* –dicen sus enemigos, cuando Batlle aprueba la ley que permite a las mujeres divorciarse por su sola voluntad.

–*Está disolviendo la familia* –dicen, cuando extiende el derecho de herencia a los hijos naturales.

–*El cerebro de la mujer es inferior* –dicen, cuando crea la universidad femenina y cuando anuncia que pronto las mujeres votarán, para que la democracia uruguaya no camine con una sola pierna y para que no sean las mujeres eternas menores de edad que del padre pasan a manos del marido.

1914
San Ignacio

Quiroga

Desde la selva del río Paraná, donde vive en voluntario destierro, Horacio Quiroga aplaude las reformas de Batlle y *esa convicción ardiente en cosas bellas.*

Pero Quiroga está definitivamente lejos del Uruguay. Dejó el país hace unos años, por huir de la sombra de la muerte. Una maldición le tapa el cielo desde que mató a su mejor amigo queriendo defenderlo; o quizás desde antes, quizás desde siempre.

En la selva, a un paso de las ruinas de las misiones de los jesuitas, Quiroga vive rodeado de bichos y palmeras. Escribe cuentos sin desvíos, de la misma manera que abre senderos a machetazos en el monte, y trabaja la palabra con el mismo áspero amor con que trabaja la tierra, la madera y el hierro.

Lo que Quiroga busca no podría encontrarlo nunca fuera de aquí. Aquí sí, aunque sea muy de vez en cuando. En esta casa que sus manos han alzado sobre el río, Quiroga tiene, a veces, la dicha de escuchar voces más poderosas que el llamado de la muerte: raras y fugaces certidumbres de vida, que mientras duran son indudables como el sol.



1914
Montevideo

Delmira

En esta pieza de alquiler fue citada por el hombre que había sido su marido; y queriendo tenerla, queriendo quedársela, él la amó y la mató y se mató. Publican los diarios uruguayos la foto del cuerpo que yace tumbado junto a la cama, Delmira abatida por dos tiros de revólver, desnuda como sus poemas, las medias caídas, toda desvestida de rojo:
–Vamos más lejos en la noche, vamos...
Delmira Agustini escribía en trance. Había cantado a las fiebres del amor sin pacatos disimulos, y había sido condenada por quienes castigan en las mujeres lo que en los hombres aplauden, porque la castidad es un deber femenino y el deseo, como la razón, un privilegio masculino. En el Uruguay marchan las leyes por delante de la gente, que todavía separa el alma del cuerpo como si fueran la Bella y la Bestia. De modo que ante el cadáver de Delmira se derraman lágrimas y frases a propósito de tan sensible pérdida de las letras nacionales, pero en el fondo los dolientes suspiran con alivio: la muerta muerta está, y más vale así.
Pero, ¿muerta está? ¿No serán sombra de su voz y eco de su cuerpo todos los amantes que en las noches del mundo ardan? ¿No le harán un lugarcito en las noches del mundo para que cante su boca desatada y dancen sus pies resplandecientes?





1914
Ciudad Jiménez

El cronista de pueblos en furia

De susto en susto, de maravilla en maravilla, anda John Reed por los caminos del norte de México. Va en busca de Pancho Villa y lo encuentra, en otros, en todos, a cada paso.

Reed, cronista de la revolución, duerme donde lo sorprenda la noche. Nunca nadie le roba nada, ni lo deja nadie pagar nada que no sea música de baile; y nunca falta quien le ofrezca un pedazo de tortilla o un lugar sobre el caballo.

–¿De dónde viene usted?

–De Nueva York.

–No conozco Nueva York. Pero le apuesto a que por allá no se ven vacas tan buenas como las que pasan por las calles de Ciudad Jiménez.

Una mujer lleva un cántaro en la cabeza. Otra, en cuclillas, amamanta a un niño. Otra, de rodillas, muele maíz. Envueltos en desteñidos sarapes, los hombres beben y fuman en rueda.

–Oye, Juanito. ¿Por qué tu gente no nos quiere a los mexicanos? ¿Por qué nos llaman grasientos?

Todo el mundo tiene algo que preguntar a este rubio flaquito, de lentes, con cara de venido por error:

–Oye, Juanito. ¿Cómo se dice mula en inglés?

–En inglés, mula se dice: cabezona, testaruda, hija de la chingada...



1914
Salt Lake City

El cantor de pueblos en furia

Lo condenan por cantar baladas rojas que toman el pelo a Dios, despabilan al obrero y maldicen al dinero. La sentencia no dice que Joe Hill es un trovador proletario, y para colmo extranjero, que atenta contra el buen orden de los negocios. La sentencia habla de asalto y crimen. No hay pruebas, los testigos cambian de versión cada vez que declaran y los abogados actúan como si fueran fiscales, pero estos detalles carecen de importancia para los jueces y para todos los que toman las decisiones en Salt Lake City. Joe Hill será atado a una silla y le pegarán un círculo de cartulina sobre el corazón para que haga blanco el pelotón de fusilamiento.

Joe Hill vino de Suecia. En los Estados Unidos anduvo por los caminos. En las ciudades limpió escupideras y levantó paredes, en los campos apiló trigo y recogió fruta, excavó cobre en las minas, cargó fardos en los muelles, durmió bajo los puentes y en los graneros y cantó a toda hora y en todas partes, y nunca dejó de cantar. Cantando se despide de sus camaradas, y les dice que se va a Marte a perturbar la paz social.

1914
Torreón

Sobre rieles marchan al tiroteo

En el vagón rojo, que luce su nombre en grandes letras doradas, el general Pancho Villa recibe a John Reed. Lo recibe en calzoncillos, lo convida con café y lo estudia un largo rato. Cuando decide que este gringo merece la verdad, empieza a hablar:

–Los políticos de chocolate quieren triunfar sin ensuciarse las manos. Estos perfumados...

Luego lo lleva a visitar un hospital de campaña, un tren con quirófano y médicos para curar a propios y ajenos; y le muestra los vagones que llevan a los frentes de guerra el maíz, el azúcar, el café y el tabaco. También le muestra el andén donde se fusila a los traidores.

Los ferrocarriles habían sido obra de Porfirio Díaz, clave de paz y orden, llave maestra del progreso de un país sin ríos ni caminos: no habían nacido

para transportar pueblo armado, sino materias primas baratas, obreros dóciles y verdugos de rebeliones. Pero el general Villa hace la guerra en tren. Desde Camargo lanzó una locomotora a toda velocidad y reventó un ferrocarril repleto de soldados. A Ciudad Juárez entraron los hombres de Villa agazapados en inocentes vagones de carbón, y la ocuparon al cabo de unos pocos balazos disparados más por júbilo que por necesidad. En tren marchan las tropas villistas hacia las avanzadas de la guerra. Jadea la locomotora trepando a duras penas los desollados lomeríos del norte, y tras el penacho de humo negro vienen crujiendo con mucho meneo los vagones llenos de soldados y caballos. Se ven los techos del tren cubiertos de fusiles y sombrerotes y fogones. Allí arriba, entre los soldados que cantan mañanitas y tirotean el aire, los niños berrean y las mujeres cocinan: las mujeres, las soldaderas, luciendo vestidos de novia y zapatos de seda del último saqueo.

1914
Campos de Morelos

Es tiempo de andar y pelear

y suenan como derrumbamientos de montañas los ecos de los truenos y los balazos. El ejército de Zapata, *abajo haciendas, arriba pueblos,* se abre camino hacia la ciudad de México.

Junto al jefe Zapata, cavila y limpia su fusil el general Genovevo de la O, cara de sol con bigotones, mientras Otilio Montaño, anarquista, discute un manifiesto con el socialista Antonio Díaz Soto y Gama.

Entre los oficiales y asesores de Zapata hay una sola mujer. La coronela Rosa Bobadilla, que ganó su grado en batalla, manda una tropa de hombres de caballería y les tiene prohibido que beban ni una gota de tequila. Ellos la obedecen, misteriosamente, aunque siguen convencidos de que las mujeres nomás sirven para adornar el mundo o hacer hijos y cocinar maíz, chile, frijoles y lo que socorra Dios y dé licencia.

1914
Ciudad de México

Huerta huye

en el mismo barco que se había llevado de México a Porfirio Díaz.
Los andrajos ganan la guerra contra los encajes. La marea campesina se abate sobre la capital desde el norte y desde el sur. Zapata, *el Atila de Morelos,* y Pancho Villa, *el orangután, el que come carne cruda y roe huesos,* embisten vengando ofensas. En vísperas de Navidad, los diarios de la ciudad de México ostentan una orla negra en primera página. El luto anuncia la llegada de los forajidos, los bárbaros violadores de señoritas y cerraduras.
Años turbulentos. Ya no se sabe quién es quién. La ciudad tiembla de pánico y suspira de nostalgia. Hasta ayer nomás, en el eje del mundo estaban los amos, en sus casonas de treinta lacayos y pianos y candelabros y baños de mármol de Carrara; y alrededor los siervos, el pobrerío de los barrios, aturdido por el pulque, hundido en la basura, condenado al salario o la propina que apenas da para comer, muy de vez en cuando, alguito de leche aguada o café de frijoles o carne de burro.

1915
Ciudad de México

El casi poder

Un golpecito de aldaba, entre queriendo y no queriendo, y una puerta que se entreabre: alguien se descubre la cabeza y con el descomunal sombrero apretado entre las manos pide, por amor de Dios, agua o tortillas. Los hombres de Zapata, indios de calzón blanco y cananas cruzadas al pecho, merodean por las calles de la ciudad que los desprecia y los teme. En ninguna casa los invitan a pasar. Dos por tres se cruzan con los hombres de Villa, también extranjeros, perdidos, ciegos.
Suave chasquido de huaraches, chas-ches, chas-ches, en los escalones de mármol; pies que se asustan del placer de la alfombra; rostros mirándose con extrañeza en el espejo de los pisos encerados: los hombres de Zapata y Villa entran al Palacio Nacional y lo recorren como pidiendo disculpas, de salón en salón. Pancho Villa se sienta en el dorado sillón que fue trono de Porfirio Díaz, *por ver qué se siente,* y a su lado Zapata, traje muy bordado, cara de estar sin estar, contesta con murmullos las preguntas de los periodistas.
Los generales campesinos han triunfado, pero no saben qué hacer con la victoria:
–Este rancho está muy grande para nosotros.
El poder es asunto de doctores, amenazante misterio que sólo pueden descifrar los

ilustrados, los entendidos en alta política, *los que duermen en almohadas blanditas.* Cuando cae la noche, Zapata se marcha a un hotelucho, a un paso del ferrocarril que conduce a su tierra, y Villa a su tren militar. Al cabo de unos días, se despiden de la ciudad de México.
Los peones de las haciendas, los indios de las comunidades, los parias del campo, han descubierto el centro del poder y por un rato lo han ocupado, como de visita, en puntas de pie, ansiosos por terminar cuanto antes esta excursión a la luna. Ajenos a la gloria del triunfo regresan, por fin, a las tierras donde saben andar sin perderse.
No podría imaginar mejor noticia el heredero de Huerta, el general Venustiano Carranza, cuyas descalabradas tropas se están recuperando con ayuda de los Estados Unidos.

1915
Tlaltizapán

La reforma agraria

En un antiguo molino del pueblo de Tlaltizapán, Zapata instala su cuartel general. Atrincherado en su región, lejos de los señores patilludos y las damas emplumadas, lejos de la gran ciudad vistosa y tramposa, el caudillo de Morelos liquida los latifundios. Nacionaliza los ingenios azucareros y las destilerías, sin pagar un centavo, y devuelve a las comunidades las tierras robadas a lo largo de los siglos. Renacen los pueblos libres, conciencia y memoria de las tradiciones indias, y con ellos renace la democracia local. Aquí no deciden los burócratas ni los generales: decide la comunidad discutiendo en asamblea. Queda prohibido vender tierra o alquilarla. Queda prohibida la codicia.
A la sombra de los laureles, en la plaza del pueblo, no sólo se habla de gallos, caballos y lluvias. El ejército de Zapata, liga de comunidades armadas, vela la tierra recobrada y aceita las armas y recarga viejos cartuchos de máuser y treinta-treinta. Jóvenes técnicos están llegando a Morelos con sus trípodes y otros raros instrumentos, para ayudar a la reforma agraria. Los campesinos reciben con lluvias de flores a los ingenieritos venidos de Cuernavaca; pero los perros ladran a los jinetes mensajeros que galopan desde el norte trayendo la atroz noticia de que el ejército de Pancho Villa está siendo aniquilado.

1915
El Paso

Azuela

En Texas, en el destierro, un médico del ejército de Pancho Villa cuenta la revolución mexicana como una furia inútil. Según la novela *Los de abajo,* de Mariano Azuela, ésta es una historia de ciegos borrachos, que tiran tiros sin saber por qué ni contra quién y pegan manotazos de bestia buscando cosas que robar o hembras para revolcarse, en un país que huele a pólvora y a fritura de fonda.

1916
Tlaltizapán

Carranza

Todavía andan sonando espuelas algunos jinetes de Villa por las serranías, pero ya no son ejército. Han sido derrotados en cuatro largas batallas. Desde trincheras defendidas por alambradas de púas, las ametralladoras han barrido la fogosa caballería de Villa, que se ha hecho polvo en suicidas cargas repetidas con ciega obstinación.

Venustiano Carranza, presidente a pesar de Villa y de Zapata, se hace fuerte en la ciudad de México y emprende la guerra del sur:

–*Esto de repartir tierras es descabellado* –dice. Un decreto anuncia que se devolverán a sus antiguos amos las tierras distribuidas por Zapata; otro decreto promete fusilar a todo el que sea o parezca zapatista.

Fusilando y quemando, rifles y antorchas, los del gobierno se abalanzan sobre los campos florecidos de Morelos. A quinientos matan en Tlaltizapán, y a muchos más por todas partes. Los prisioneros se venden en Yucatán, mano de obra esclava para las plantaciones de henequén, como en los tiempos de Porfirio Díaz; y las cosechas y los rebaños, botín de guerra, se venden en los mercados de la capital.

En las montañas, el digno Zapata resiste. Cuando están por llegar las lluvias, la revolución se suspende por siembra; pero luego, terca, increíble, continúa.



1916
Buenos Aires

Isadora

Descalza, desnuda, apenas envuelta en la bandera argentina, Isadora Duncan baila el himno nacional.
Una noche comete esta osadía, en un café de estudiantes de Buenos Aires, y a la mañana siguiente todo el mundo lo sabe: el empresario rompe el contrato, las buenas familias devuelven sus entradas al Teatro Colón y la prensa exige la expulsión inmediata de esta pecadora norteamericana que ha venido a la Argentina a mancillar los símbolos patrios.
Isadora no entiende nada. Ningún francés protestó cuando ella bailó la Marsellesa con un chal rojo por todo vestido. Si se puede bailar una emoción, si se puede bailar una idea, ¿por qué no se puede bailar un himno?
La libertad ofende. Mujer de ojos brillantes, Isadora es enemiga declarada de la escuela, el matrimonio, la danza clásica y de todo lo que enjaule al viento. Ella baila porque bailando goza, y baila lo que quiere, cuando quiere y como quiere, y las orquestas callan ante la música que nace de su cuerpo.

1916
Nueva Orleans

El jazz

De los esclavos proviene la más libre de las músicas. El *jazz,* que vuela sin pedir permiso, tiene por abuelos a los negros que trabajaban cantando en las plantaciones de sus amos, en el sur de los Estados Unidos, y por padres a los músicos de los burdeles negros de Nueva Orleáns. Las bandas de los burdeles tocan toda la noche sin parar, en balcones que los ponen a salvo de golpes y puñaladas cuando se arma la gorda. De sus improvisaciones nace la loca música nueva.
Con lo que ahorró repartiendo diarios, leche y carbón, un muchacho petiso y tímido acaba de comprarse corneta propia por diez dólares. El sopla y la música se desperezza largamente, largamente, saludando al día. Louis Armstrong es nieto de esclavos, como el *jazz,* y ha sido criado, como el *jazz,* en los puteros.

1916
Columbus

América Latina invade los Estados Unidos

Llueve hacia arriba. La gallina muerde al zorro y la liebre fusila al cazador. Por primera y única vez en la historia, soldados mexicanos invaden los Estados Unidos.

Con la descuajaringada tropa que le queda, quinientos hombres de los muchos miles que tenía, Pancho Villa atraviesa la frontera y gritando *¡Viva México!* asalta a balazos la ciudad de Columbus.